

ca de la sagrada Hostia, las ofensas que se había atrevido á cometer contra la divinidad que allí se encontraba oculta.

La sagrada hostia fué venerada por largo tiempo en este convento; mas por temor de que los herejes entrasen también en Malinas, fue transportada á Viena, después á Praga, y por último á España.

CAPITULO TERCERO.

Los beneficios de la presencia real.

SUMARIO: San Sátyro, hermano de San Ambrosio, preservado del naufragio, 378.—Curación de Santa Gorgonia, hermana de San Gregorio de Nazianzo, 380.—San Jacinto huyendo de los Tártaros, 1241.—Santa Clara y los Sarracenos, 1245.—Inundación contenida en Canosio, 1630.—Milagro obrado por el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento, 1640.—Un milagro atestiguado por Voltaire, 1725.—En medio de los asesinatos de Armenia, 1895.

Un piadoso cristiano ferviente adorador de la divina Eucaristía, leyendo un dia la relación de los milagros innumerables debidos á la intersección de un santo, no pudo menos de exclamar: «¿Porqué no se dice otro tanto del Santísimo Sacramento? ¿Pues qué no tiene tanto poder como las reliquias?»

Había en estas palabras una queja y una objeción que más de alguno tal vez entre nuestros lectores habrá oído formular.

Para responder á ella bastaría observar que la Eucaristía es el Santo de los santos, y el que hace los santos; desde luego no hay maravilla cumplida por sus siervos que no sea para mayor gloria del Dios de la Eucaristía. Del mismo modo la victoria de un general de ejército, aumenta el triunfo de su rey.

Además, la Eucaristía está destinada directamente para la refección espiritual de las almas; y ¡cuántos han sido curados, restaurados y salvados por su dulcísima y benéfica acción! Este Pan de los ángeles tiene pues un fin mas noble que el de curar y sustentar nuestros cuerpos mortales.

No obstante, mal conocería la historia del gran Sacramento el que pensará que el Cristo eucarístico no ha querido conceder por medio de la humilde hostia, los favores maravillosos que distribuye por medio de sus santos.

La historia de las hostias milagrosas conservadas en ciertos santuarios nos suministran pruebas convincentes de ello: en Augsburgo, en Posen, en Bruselas, en Lovaina, en Hasselt, han venido los pueblos por muchos siglos á implorar el auxilio del *Santo Sacramento del Milagro*, llamado así no solamente porque la santa Hostia había sido objeto de un prodigio, sino también porque se habían visto multiplicarse las maravillas en su altar.

Y ¡cuántos beneficios señalados se han obtenido en todos tiempos recurriendo al Santísimo

Sacramento! Citaremos solamente algunos que son propios para excitar en las almas una confianza más grande para con Nuestro Señor, presente en la hostia y mostrándose allí siempre el Consolador y el Bienhechor, de quien la Judea recibió los primeros beneficios, *pertransiit benefaciendo.*

378. Isla de Cerdeña. (1) San. Sátyro, hermano de San. Ambrosio,

PRESERVADO DEL NAUFRAGIO.

Por el año de 378, San Ambrosio, obispo de Milán, recibió la noticia que uno de sus deudos, al saber su nombramiento al episcopado, rehusaba pagar la deuda, con la esperanza de que un obispo no había de querer obligarlo á pagar. Este hombre se llamaba Próspero, vivía en Africa y la suma que debía era considerable. Ambrosio según acostumbraba se descargó del arreglo del negocio en su hermano Sátyro, el cual se embarcó en el primer navío que partió para Africa.

Esto pasaba durante el invierno: el navío era viejo, averiado é incapáz de sostenerse por mu-

[1.] *Historia de San Ambrosio*, por Monseñor Bounard.

cho tiempo en el mar: así es que apenas estuvo á la vista de las costas de Cerdeña, chocando rudamente contra un banco de arrecifes, se abrió la carena y comenzó á hacer agua por todas partes. Sátyro comprendió luego que estaba perdido: y en medio del terror general, solo él, menos espantado por el pensamiento de la muerte que por el de la eternidad, imploraba del Cielo la gracia de no morir antes de ser regenerado por los misterios sagrados. Muchos pasajeros estaban bautizados; los cuales siguiendo un uso piadoso de esta época, habian llevado consigo en el navío el Cuerpo de Jesucristo. Cuando se vieron á punto de morir, estos cristianos ofrecieron el espectáculo que puede verse: tomaron el sagrado viático, lo adoraron juntos y ecibieron la comunión por última vez.

Envidiando Sátyro esta felicidad de la que no podía participar, tuvo en ese instante una sublime inspiración de fe: suplicó á los iniciados le confiaran la sagrada Hostia que llevaban, la hizo colocar religiosamente en un lienzo sagrado llamado *orarium*, y se la ató al cuello; luego arrojándose al mar no se inquietó ya, refiere Ambrosio, por buscar ningún despojo de navío para salvarse, pues se sentía fuerte con el auxilio divino de que se había provisto. «Y esto no era, añade, porque haya querido dar una mirada indiscreta sobre los secretos del altar: solamente deseaba dar testimonio de su fe y recoger el precio de ella.» Sátyro pudo llegar á una isla que estaba cerca; era la isla de Cerdeña; vióse obligado á detenerse allí, en tanto que otra embarcación se hiciese á la vela para el Africa. Des-

pues de haber provisto por sí mismo ó por medio de otros el salvamento de los hombres que habian escapado de las olas, buscó una iglesia en donde pudo dar gracias á la protección divina, se hizo bautizar y recibió á Aquel de quien Ambrosio decía: «Si tan grande es el poder del Cuerpo de Jesucristo cuando está envuelto en un *orarium*, cuánto mas grande no será, cuando descansa en nuestros labios y habita en nuestros corazones!»

380. NAZIANZO.

CURACION MILAGROSA

De SANTA GORGONIA.

Mi hermana Gorgonia, dice San Gregorio de Nazianzo en el panegírico de esta santa, era aflicta de una enfermedad mortal: y los hombres versados en el arte de curar no tenían ya esperanzas. Entonces esta hermana muy amada se levanta á media noche y se dirige á la iglesia: allí postrada ante el tabernáculo donde descansa Nuestro Señor Jesucristo por amor á nosotros, le representa sus bondades, sus beneficios y los prodigios de su caridad. «En otro tiempo, le decía, una pobre mujer atormentada por cruel enfermedad, toca la orla de vuestro manto y al instante es curada. Y qué, mi amado Jesús, se habrá disminuido vuestra poder? ¿Vuestro cuerpo todo tendría menos eficacia que la orla de vuestro vestido? ¿Vos que quisisteis enterreceros á la voz de la pobre Cananea, Jesús mio,

serias siempre insensible á mi súplica? ¿Vuestra bondad, vuestra ternura tan compasiva no se moverá ya á curar á los enfermos? ¿Tendrá acaso límites la infinidad de vuestro poder, de vuestra bondad y de vuestro amor? Heme aquí postrada á los pies de vuestra inagotable misericordia, en presencia de este tabernáculo en donde habeis establecido vuestra morada en el exceso de vuestro amor á los hijos de los hombres. Pues bien: hago voto de no levantarme de aquí sin que me hayais curado.»

Terminada esta súplica, en la cual no se sabe que admirar más, si su fe tan viva ó su encendido amor, Gorgonia se levanta: su petición había sido oída y estaba curada.

1241. RIEW EN RUSIA.

SAN JACINTO

Huyendo de la persecución de los Tártaros.

Cinco años hacía que San Jacinto predicaba el Evangelio con gran éxito en la ciudad de Riew, y después de haber fundado allí un convento de la Orden de Santo Domingo, se apresaba á volver á Polonia en donde le llamaban nuevos trabajos. El mismo día que debía partir, celebraba el santo Sacrificio, cuando se extendió el rumor repentinamente que la ciudad estaba en inminente peligro amenazado por la invasión de los Tártaros.

Los Frailes del convento llenos de terror, acuden al lado de San Jacinto que estaba todavía en el altar y exclaman: «Oh bienaventurado Padre, estamos perdidos: huyamos á toda prisa para escapar á las violencias de los infieles! ya están rompiendo las puertas del monasterio!» El santo guarda los ornamentos sagrados, saca del tabernáculo al Santísimo Sacramento y emprende la fuga con sus hermanos. Cuando iba á salir de la iglesia llevando su tesoro, una estatua de alabastro de la Santísima Virgen, muy grande y pesada, le llama con voz fuerte; «Jacinto, hijo mío, ¿así huyes tú del furor de los Tártaros y me abandonas á los ultrajes é insultos de los bárbaros?» Y el santo sacerdote pretextando su flaqueza para llevar una carga tan pesada: «Tómala siempre, porque mi Hijo á quien llevas te hará esta carga ligera.»

Entonces el santo, teniendo con una mano el Cuerpo sagrado del Salvador; toma con la otra la estatua de la Virgen que le parece tan ligera como una paja. Y todos los siervos de Dios, caminando en seguimiento de su bien aventurado maestro, atraviesan sanos y salvos entre las hordas enemigas que destruyen la ciudad. Al llegar á las orillas del Borysthéne (hoy día el Dnieper), no encontraron barca para pasar; mas San Jacinto sin vacilar bendice las olas con las dos preciosas prendas que llevaba y los fugitivos atraviezan el rio andando sobre las aguas. Por un milagro admirable, el Borysthéne á pesar de la rapidez de sus corrientes, guardó por mucho tiempo la huella de los pasos del siervo de Dios; y en el día de la canonización de San

Jacinto, muchos testigos afirmaron bajo la fe del juramento que el prodigio duraba todavía.

La estatua de María que la virtud del divino Sacramento había hecho tan ligera, recobró su peso primitivo cuando el santo la colocó en su iglesia de Cracovia, y hasta en nuestros días le profesan gran veneración, que es recompensada muchas veces con milagros. (1.)

1245. ASIS EN ITALIA.

Sta. CLARA y los SARRACENOS.

En el tiempo en que Federico II, rebelado contra la Iglesia, saqueaba las ciudades de Italia, el valle de Spoleto fue principalmente el blanco del furor de los ejércitos imperiales. El príncipe había alistado en sus tropas bandas de Sarracenos para ayudarle en su obra de destrucción; y un día estos bárbaros, ebrios de sangre y de desórdenes vinieron á sitiar á Asis. El convento de San Damián en donde vivía Santa Clara con sus hijas fué lo primero que se ofreció á las miradas de los bandidos, y sobre este asilo sin defensa se dirigió su primer ataque. (2)

Mientras los sarracenos escalaban la muralla dando horrorosos gritos, las siervas de Dios espantadas y temblando habian acudido al derredor de su Madre, á quien una enfermedad tenía

[1.] Acta SS. Bolland. XVI August.
[2.] Ibit XII. August.

postrada hacía largo tiempo en el lecho de dolor. La santa sin conmovirse por el peligro, manda á sus hijas que la tomen en sus brazos y la conduzcan á la entrada del monasterio; luego hace que le lleven el copón que contenía el Santísimo Sacramento: y allí á dos pasos de los enemigos que tiemblan de rabia, postrada en ferviente oración exclama: ¿Será posible, Dios mio, que dejeis caer en manos de los paganos á vuestras siervas desarmadas, que yo he alimentado hasta ahora con el pan de vuestro amor? Guardad Señor, os suplico á estas almas que os pertenecen y que yo no puedo defender.»

Inmediatamente, del propiciatorio de la nueva alianza, escuchó una voz dulce como la de un niño; «Yo os guardaré siempre.»—Dios mío, añadió Clara, protejed también á esta ciudad que nos alimenta por vuestro amor. Y el Salvador respondió: «Gracias á tu intervención mi protección se extenderá también sobre ella.» Entonces la virgen, levantando su rostro en el que irradiaba la esperanza: «Valor, hijas mías; no os acontecerá ningún mal, contad con el amor de nuestro Dios.!»

Al mismo instante, poseída de una inspiración divina, se levanta, toma el copón, avanza sobre la brecha que los invasores iban á saltar y les presenta el augusto Sacramento. ¡Oh prodigio! los bárbaros caen cegados por los rayos de una luz celestial; un terror pánico se apodera de toda la tropa y huyen en desorden. El monasterio estaba salvado y la ciudad escapaba al pillaje.

1630. CANOZIO, ITALIA. Inundación detenida.

En la primera mitad del siglo XVII y muy probablemente por el año de 1630 según la tradición, aconteció en Canasio, pequeño pueblo del valle de Macra, en la diócesis de Saluce, un suceso maravilloso por el cual quiso Dios fortificar la fe en la presencia real no solamente en los habitantes del país, sino también en los de las comarcas vecinas que estaban entonces infestadas de la herejía de Calvino. Un voto que se hizo entonces por toda la población, y que todavía hoy observan religiosamente, conforme la tradición del milagro.

Hacía pocos dias que se había celebrado la fiesta del *Corpus Domini*, cuando una tarde en medio del relámpago y truenos, descargó sobre el valle una horrible tempestad: cayó la lluvia en tanta abundancia y por tan largo tiempo que cada barranca de las montañas se había cambiado en torrente impetuoso. Existía una grieta profunda en el flanco de la roca que domina á Canasio, y se transformó en un torrente furioso que arrastraba con sus aguas enormes piedras.

Reinaba en los habitantes el espanto y la desolación; pues temian ver de un momento á otro sus pobres casas derribadas por el torrente ó aplastadas por las peñas de la roca: no había

más esperanza de salvación que el socorro del Cielo.

El Cura de la Parroquia manda tocar la campana para convocar la población á la iglesia; allí exhorta á estos desgraciados á que pongan su confianza en Dios, pidiéndole perdón de sus pecados y haciendo un voto que se comprometerían á guardar para siempre, ellos y sus descendientes; el de santificar como el día del domingo, el día de la octava del *Corpus Domini*. Las lágrimas y los gritos de contrición responden á su piadosa exhortación que reanima en ellos la esperanza, y el voto es ratificado por todos.

Entonces el santo sacerdote abre el tabernáculo, toma en sus manos la custodia y avanza procesionalmente hacía el torrente desencadenado, que distaba de la iglesia solamente algunos pasos.

Entonó el canto de la penitencia, el *Miserere*; mas el cielo permanecía obscuro, y la lluvia continuaba cayendo con fuerza: el torrente engrosado por las aguas, arrastraba siempre en su corriente vertiginosa pedazos de roca y montones de tierra y de arena.

Al llegar el pueblo frente al torrente, se postran, y el sacerdote, lentamente, bendice con el Santísimo Sacramento á los fieles y al abismo amenazador: ¡Oh prodigio! de repente el cielo se despeja, cesa la tempestad, las rocas quedan suspendidas como si las detuviera una mano invisible, el agua corre con menos impetuosidad, y queda todo tranquilo: el pueblo se ha salvado.

Vuélvense entonces á la iglesia cantando el himno de acción de gracias con tan grande ale-

gría, pues bien comprenden haber escapado á tan inminente peligro.

Desde esta época, se observa siempre con la mayor fidelidad el voto hecho á Dios en circunstancias tan críticas: y si sucede que se vea trabajar en el campo un día de fiesta, no es ciertamente el día de la octava del *Corpus Domini*, que los habitantes del país llaman *fiesta de voto*. Y aquellos que, aunque muy pocos, por ignorancia ó por malicia, quisieron ese día emprender ó continuar algún trabajo, fueron visiblemente castigados por Dios, según su propio testimonio y el de sus vecinos. Podríamos citar algunos ejemplos de ello. (1).

1604. ZARAGOZA EN ESPAÑA.

El aceite de la Lámpara del Santísimo Sacramento.

En 1638, un jóven de edad de diez y nueve años, hijo de un labrador, habiéndose fracturado una pierna fué transportado al hospital de Zaragoza, y allí después de muchos remedios inútiles, se le hizo la amputación, cuatro dedos arriba de la rodilla, y se le puso una pierna de palo. Por mas de dos años pudieron verle en la

[1.] Athi del Congreao eucarístico tenutosi á Torino [1894], tom. II. p. 249, Relazione di fatti encaristei prodigiosi.

puerta de la iglesia de Zaragoza en donde pedía limosna: acostumbraba orar con fervor delante del Santísimo Sacramento, y en esta santa intimidad sacaba sentimientos de resignación que le ayudaban á soportar la enfermedad que había venido á atacarle en la edad de la fuerza y del vigor: también tenía la costumbre de ungir su pierna mutilada con el aceite de las lámparas encendidas delante del Santo Tabernáculo.

De vuelta á la casa de sus padres, á los cuales no podía ya serles útil, continuó mendingando en los pueblos inmediatos: y el 29 de marzo de 1640, sintiéndose dominado por una excesiva fatiga ungió su pierna con el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento, y luego se durmió con un sueño más profundo y prolongado que de ordinario. Admirados sus padres de verle dormir por largas horas, quisieron despertarle; mas; cual fué su admiración advirtiéndole que su hijo tenía sus dos piernas enteras! Júzguese de la estufepacción y el gozo que él sintió al despertarse.

Penetrado de agradecimiento por tan extraordinario beneficio, vuelve á Zaragoza se presenta con sus dos piernas y pide que sea examinado jurídicamente el milagro. Se oyen como testigos, el cirujano que le hizo la amputación, los que habían asistido á la operación, y los que lo vieron durante dos años arrastrarse con una pierna de palo. Después de una larga discusión delante de los doctores de tres facultades, el arzobispo de Zaragoza decide por sentencia que el hecho es milagroso: y desde entonces quedó establecida una fiesta para conmemorar todos los

años el milagro. El rey de España Felipe IV, que reinaba en esta época, informado del acontecimiento quiso ver á este hombre tan milagrosamente favorecido; y he aquí lo que traen las relaciones extraídas de los registros del arzobispado de Zaragoza y publicadas á vista de los testigos oculares.

Este suceso, que recuerda de una manera más maravillosa aun, la famosa leyenda de San Juan Damasceno, cuya mano cortada por una orden injusta de un califa sarraceno, le fue igualmente devuelta, causó gran sensación en España, pero lo fué poco conocida en otras partes: sin embargo Bergier y Feller lo han sometido á la mas rigurosa crítica. Diez ó doce años después de este acontecimiento, pasando por Zaragoza el cardenal de Retz, tuvo ocasión de ver á este hombre que por agradecimiento se había consagrado al servicio de la Iglesia. «Me presentaron, dice, en la iglesia de Zaragoza, un hombre que se ocupaba en encender las lámparas que son allí muchísimas, y me dijeron que lo habían visto á la puerta de esta iglesia con una sola pierna; yo lo ví allí con los dos: el dean y los chantres me aseguraron que toda la ciudad lo había visto como ellos y que si yo quería esperar dos dias aun, hablaría con más de veinte mil hombres de varias partes que lo habían visto lo mismo que los de la ciudad. Había recobrado su pierna, según él decia, frotándose con el aceite de estas lámparas. Todos los años se celebra la fiesta de este milagro con un concurso increíble de pueblo: y es verdad, que como á una jornada de Za-

ragoza encontré los caminos reales llenos de todas clases que acudían allí. (1).

1725. Sta. Margarita en PARIS. Un milagro atestiguado por Voltaire.

El 31 de mayo de 1725, la parroquia de Santa Margarita en Paris, fue teatro de un acontecimiento extraordinario con motivo del cual el arzobispo de Paris Luis Antonio, cardenal de Noailles, prescribió una información. Se oyeron sesenta testigos, entre los cuales se encontraban algunos protestantes recién convertidos: terminadas jurídicamente las informaciones, comprobada la verdad del hecho, y no habiendo ya lugar á la duda, fué publicado el milagro por orden del arzobispo, cuyos principales pasajes reproducimos. (1.)

«Mis muy amados hermanos, es importante que sepais con exactitud las circunstancias del

[1.] *Memoirs del Cardenal de Retz*, tom. V, p. 100.—Se leé en la vida de San Desiderio, obispo de Viena en el Delfinado, martirizado en 612. «Gran número de enfermos fueron curados habiendo sido ungidos Por el Santo con el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento: por espacio de cuatro años no se extingió jamás esa lámpara y no disminuyó el aceite que lo alimentaba.»

[2.] Este mandato es del 10 de agosto de 1725; está reproducido casi entero en el tomo III de la explicación de la Misa, conteniendo las *Disertaciones históricas y dogmáticas sobre las liturgias de todas las iglesias del mundo cristiano*, por el P. Pedro Lebrun, sacerdote del Oratorio. Edición de 1727, p. 663.

hecho milagroso que acaba de tener lugar, que saqueis de allí las consecuencias justas y naturales que nos presenta; y que seais instruidos de las precauciones que hemos tomado para asegurar la verdad del suceso, y transmitirla á la posteridad con la misma exactitud que nuestros padres han observado para hacer llegar hasta nosotros los milagros de la misma naturaleza de que han sido testigos,

«La mujer en cuyo favor ha obrado Dios el milagro, se llama Ana Charlier, esposa del Señor Delafosse, maestro ebanista de edad de cuarenta y cinco años, nacida y educada en Paris. Dan testimonio en todos los lugares donde ha vivido, y particularmente en la parroquia de Santa Margarita, en donde está establecida hace veinte años, que su conducta ha sido siempre cristiana y edificante.

“Hace cerca de veinte años que afligió Dios á esta mujer con una pérdida de sangre, que los últimos siete años llegó á ser tan continua, tan violenta y tan obstinada, que las tentativas que se habían hecho para curarla fueron tan inútiles como peligrosas.

“Diez y ocho meses hacía que su agotamiento no le permitía ya andar, ni con las muletas y no podía soportar la luz; los mas ligeros movimientos la hacían caer desvanecida, no podía estar largo tiempo en el lecho á fuerza de un fuerte dolor en el costado, y para pasar del lecho á su sillón era menester levantarla en peso. Para recibir la sagrada Comunión el lunes que precedió á su curación, se hizo llevar en una silla hasta el pié del altar; para arrodillarse la sostuvieron

dos personas, y le llevaron de la iglesia casi moribunda.

“La enfermedad, conocida de muchas personas, tanto del arrabal de San Antonio como de otros diversos barrios de Paris, se habia hecho de notoriedad pública; y setenta testigos dignos de fe, aseguran las circunstancias que acabamos de indicar: asi como la verdad y la prontitud de su curación no son ni menos notorias, ni menos testiguadas.

“Sintiéndose mas molestada que antes, tomó la resolución de dirigirse á Jesucristo el día de la fiesta del Santísimo Sacramento que debía pasar la procesión por delante de su casa... La mañana misma de esta fiesta solemne; una mujer, nacida en la religión protestante, y á quien la enferma conocía hacía algún tiempo, vino á verla, y hallándola consternada por el aumento de su mal, la exhortó á poner toda su confianza en Jesucristo; representóle que el Hijo de Dios resucitó de entre los muertos, y viviendo siempre, no era menos poderoso en el cielo que cuando vivía en la tierra.

“La Señora Delafosse, animada por este discurso, y pedir su curación á Jesucristo, no solamente á Jesucristo en el cielo, sino á Jesucristo presente en el Sacramento de la Eucaristía, según la fe de la Iglesia. Animada de estos sentimientos se hizo bajar á la calle: cuando estuvo en la puerta se sintió muy mal, no pudiendo soportar el aire ni la luz tan fuerte: sin embargo cuando le dijeron: “Aquí viene el Santísimo Sacramento,” hizo un esfuerzo para arrodillarse, y al instante calló sobre las manos, clamando al

mismo tiempo: “Señor, si queréis podéis curarme “yo creo que sois el mismo que entrasteis á Jerusalén: perdonadme mis pecados y seré curada.” Anduvo algunos pasos de rodillas y clamando siempre en alta voz: “Jesucristo vos podéis curarme.” El pueblo admirado de este espectáculo pareció escandalizarse de ver á una mujer siguiendo al Santísimo Sacramento arrastrándose por el suelo y clamando en alta voz: unos creyeron que estaba ebria ó demente, otros que no podia andar por su ancianidad; todos le instaban que se retirara, mas su fe no se entibió por todos estos obstáculos; y nadie pudo impedirle que continuara su camino invocando á Jesucristo, y diciendo que la dejasen seguir á su Dios: y su fe fue muy pronto escuchada.

“Sintiéndose de repente fortalecerse su corazón, se levantó, sostenida aun por las dos personas que la acompañaban; de pronto, sintiendo que su cuerpo vacilaba y que iba á caer otra vez, gritó con mas fuerza: “Señor, que entre yo en vuestro templo y seré curada. “Dijo á los que la sostenían que la dejaran, persuadida que seguiría bien; y en efecto, la vieron andar entre la multitud del pueblo, y seguir al Santísimo Sacramento: llegó sola y sin que la ayudaran hasta la iglesia de Santa Margarita, aunque siempre muy debilitada.

“Llegando á la puerta de la iglesia, redobló sus súplicas y pidió á Dios con nuevo fervor que no permitiera que entrase en el lugar santo sin quedar enteramente curada: en el instante pues que puso el pié en el templo del Señor, sintióse, como la hemorrosía del Evangelio com-

pletamente sana: permaneció de rodillas ó en pié á la puerta del coro mientras se cantaba la tercia y la misa mayor que duraron hora y media, sin que nadie la sostuviera ni para arrodillarse ni para volver á levantarse; durante la sexta entró en el coro y estuvo por algún tiempo arrodillada delante del Santísimo Sacramento; y salió de allí sin que la molestara la luz que antes no podía soportar. En fin, sin que nadie la sostuviera volvió á pié á su casa, acompañada de una gran multitud, que semejante al pueblo que había sido testigo de los milagros de Jesucristo, llenos de admiración y de temor, glorificaban á Dios que da á los hombres pruebas tan sorprendentes de su poder.

“Los que habían visto á la enferma arrojarle al suelo en presencia del Santísimo Sacramento, y que no habían podido seguirla á causa de la multitud del pueblo, se esparaban tan poco una curación milagrosa, que dejaron largo rato en la puerta del sillón en que la habían bajado, convencidos de que iba á volver casi moribunda, y que si había necesitado que la ayudaran, para bajar, más lo necesitaría para volver á su habitación.

“Al llegar á su casa, había gran concurso de los vecinos y de todos los que estaban perfectamente instruidos de su enfermedad: al verla subir la escalera como si no hubiera estado enferma, no podían creer lo que veían; apenas se había sentado, cuando la hacían pararse y andar por el aposento, para confirmar á sus ojos la prueba de una curación superior á las fuerzas de la naturaleza, y que no podía venir mas que de

Dios.....A estos testimonios tan edificantes, añadimos el de un cirujano que por su arte y el conocimiento que tenía de la enferma hacen que sean de mayor peso.

“El señor Prouhet, cirujano, veía á la señora Delafosse hacía quince años y sabía que su enfermedad la había reducido á una completa impotencia de andar; confiesa en su declaración que á la primera noticia de que había sido curada no pudo creerla, y dice que si era cierto que andaba, no podía ser sino efecto de un *milagro muy grande*.

“Para enterarse del suceso, fué el mismo día á la casa de la enferma: luego que ella lo vió, se levantó á encontrarlo, diciéndole que un médico mas grande la había curado. El se estremeció sin poder hablar, y no dudó ya de la curación después de haber visto á la enferma bajar la escalera, acompañarlo hasta la calle, con tal firmeza como si siempre hubiera gozado de perfecta salud.”

Al lado de tan imponente sanción, agregaremos el testimonio de un autor contemporáneo, el abogado Barbier, que tenía nota de todos los acontecimientos de su tiempo. “Hemos tenido, dice, un milagro en París en la posesión del Santísimo Sacramento, y está tan comprobado que yo mismo me veo obligado á creerlo, lo cual no es poca cosa”, (*Diario de Barbier*, tom. I, p. 119.)

Pero lo más curioso, es que el mismo Voltaire, el escéptico y burlón Voltaire, habiendo sido uno de los testigos de este milagro, fué del número de los que siendo oídos en la informa-

ción declararon en favor de la veracidad del suceso: una de sus cartas á la presidenta de Bernières no deja duda ninguna de ello.

“El milagro del arrabal de San Antonio, escribe á esta señora, me ha dado un ligero barnís de devoción: soy citado en la asamblea, he sido invitado en ceremonia al *Te Deum* cantado en acción de gracias por la curación de la Sra. Delafosse.”

El arzobispo de París ordenó se hicieran dos procesiones solemnes; una al derredor de la parroquia, en la cual llevó él mismo al Santísimo Sacramento, y la otra á la iglesia metropolitana; la mujer curada asistió á las dos: y á fin de que la memoria de este prodigio pasase á la posteridad, dispuso el prelado que la relación del milagro fuese grabada en una piedra, la cual quedaría expuesta en la iglesia, y que todos los años se celebraría la memoria del suceso, en los oficios en la iglesia de Santa Margarita el domingo en la octava del Santísimo Sacramento. La Sra. Delafosse murió el 3 de junio de 1760 á la edad de ochenta años.

Esta curación verificada de una manera tan evidente por la divina Eucaristía no fué un hecho aislado en el siglo XVIII: la Biblioteca eucarística de Paray-le-Monial, posee un manuscrito titulado *Colección de Milagros tanto antiguos como nuevos, obrados por el Santísimo Sacramento*, donde se encuentran reproducidos como sesenta procesos verbales de curaciones milagrosas obtenidas en París desde 1725 hasta 1789, y todas, ya en el día del Corpus, ó ya durante la procesión del Santísimo Sacramento. La pa-

labra del Evangelista se verifica siempre: *Omnis tuoba querebat eum tangere: quia virtus de illo exibat et sanabat omnes*. Cuando se recurre á Jesucristo con entera confianza, el Señor se complace en renovar en su vida los milagros que obraba en el tiempo de su vida mortal.

1895. Arabghir, en Armenia.

En medio de las horribles matanzas que ensangrentaban la Armenia en 1895, pasó en la ciudad de Arabghir un hecho extraordinario que no puede ser sino un milagro notable obrado por la presencia de nuestro Señor en la Eucaristía. Helo aquí, tal como se refiere en las *Misiones católicas*. (1.)

“Mas de seiscientos armenios católicos y gregorianos se habian refugiado en la iglesia armenia católica, en donde el Abate Esteban Israelian, antiguo alumno del colegio de la Propaganda, los había acogido con la mas caritativa solicitud. El cura cierra las puertas; enciende todos los cirios, y expone al Santísimo Sacramento ante el cual se postra con su pueblo. Luego exhorta á estos cristianos á que hagan fervientes actos de contrición y pronuncia solemnemente sobre ellos las palabras de la absolución.

“Continúan las súplicas interrumpidas por los

[1.] No del 6 de marzo de 1896.

sollozos, mientras que afuera chisporrotean las llamas de los incendios y las detonaciones de los fusiles y las vociferaciones de las multitudes sanguinarlas difunden el terror en toda la ciudad. Poco á poco los ruidos siniestros van aproximándose á la iglesia y pronto se convierten en un alboroto infernal. Ya las puertas están á punto de ceder á los rabiosos esfuerzos de los asaltantes.

“De repente el misionero concibe una idea singular: dando á los penitentes una última absolución, se lanza hacia la puerta principal de la iglesia, la abre de par en par y se presenta lleno de valor ante las hordas de bandidos! y ¡cosa increíble! . . . á la vista de los cristianos arrodillados y orando en alta voz al pie del altar resplandeciente de luces, un pánico extraño se apodera súbitamente de estos salvajes, y en lugar de precipitarse en el recinto sagrado, emprenden todos la fuga como si los persiguiese un enemigo invisible!

“Y he aquí como estos cristianos privilegiados escaparon por un milagro incontestable á tan seguro exterminio.”



CAPITULO CUARTO. EL CULTO DEBIDO A LA PRESENCIA REAL.

SUMARIO:—La fiesta del Corpus.—Visiones de Santa Juliana relativas al establecimiento de la Fiesta del Corpus.—Los conciertos angélicos, Luchent, 1564.—Concarneu: QUID EST TIBI MARE, QUOD FUGISTI?

La Exposición del Santísimo Sacramento, las Cuarenta horas: La Hostia salvada de las aguas, Aviñón, 1433.—El Niño Jesús en la Custodia, Eten (Perú) 1349.—Aparición durante las Cuarenta horas, Dubno (Polonia), 1866.

Las procesiones del Santísimo Sacramento: La peste aplacada en el Reino de Nápoles, 1657.—Milagro de la lluvia, isla de Chio, 1603.—Las maravillas eucarísticas de Lourdes desde 1858.

La Bendición del Santísimo Sacramento: El Salvador bendiciendo, Burdeos, 1822.—Las apariciones de Hartmansviller, 1828.

Las Revelaciones del Sagrado Corazón en Paray-le-Monial.